



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº. 125 – OCTUBRE, 2022

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

No todo es oro

Antonio Salas

Nunca suele faltar oropel. Ya en más de una ocasión he subrayado, al respecto, que la labor misionera, si se adentra en el ámbito humanitario, suele toparse con situaciones no siempre fáciles de afrontar y menos aún de solventar. Así nos lo indica cuando menos la experiencia en nuestros proyectos para construir viviendas con un mínimo de dignidad. Ciertamente que las familias beneficiadas jamás nos ocultan su júbilo y su gratitud. Sin embargo, los problemas suelen venir planteados por quienes, deseando ser englobados en el programa, se quedan fuera de él. En aquellas latitudes la planta de la envidia, aun sin regarla, crece con singular lozanía. Así lo hemos podido percibir en nuestros anteriores proyectos. Para comprobarlo, basta apelar al pasado.

Los sinsabores acaban curtiendo

Aunque hayan pasado ya más de tres años, sigue aún fresco en nuestra memoria el desagradable incidente que a punto estuvo de dar al traste con el proyecto de Pancoj. Para construir las diez viviendas programadas era indispensable trasladar el material campo traviesa a partir de donde finalizaba el camino de terracería. En teoría, tal labor, aunque ardua, era asumible. Pero estuvo a punto de no serlo por la obcecada tozudez de quienes vivían en el caserío colindante. Bajo ningún concepto quisieron permitir que, para el transporte del material, se pasara por sus dominios ¿Qué hacer? Hubo que buscar otra vía de acceso, cuyo recorrido exigió a los pancojenses un esfuerzo casi sobrehumano. Daba mucha grima ver que, en este caso, la terquedad era expresión de un revanchismo absurdo por no haber sido ellos también agraciados con una casita para cada familia. No tuvieron empacho en pedirnoslas (hasta ahí todo era correcto), pero asumieron como ofensa el no complacerlos. Y así fue cómo nuestra obra, aunque anclada en el amor, quedó salpicada por el odio.



La siempre ardua tarea de trasladar los materiales



El gozo de recibir una nueva casita donada por Fratisa

Más acre fue todavía el conflicto generado -un año más tarde- por el proyecto “Chiquín”, que el P. Denis gestionó con su acostumbrado tacto y equilibrio. Poco importó que él seleccionara a las personas más necesitadas. Quienes moraban en el caserío aledaño entendieron como provocación que diez nuevas familias se asentaran en unos terrenos que (antes de ser comprados por nosotros) formaban parte de su patrimonio comunitario. Aunque en un primer momento su rechazo se limitara a

los gestos, se acabó traduciendo en hechos, si no cruentos, cuando menos vandálicos. ¿O acaso tiene otro nombre su decisión de quebrar los cristales de nuestras viviendas recién ultimadas? Y a ello debe añadirse su obstinación en negarles el uso del agua que brota de un manantial sito en los terrenos de su caserío. Tras un año de forcejeo, se logró por fin abastecer de tan vital líquido a nuestros beneficiarios. Lo más triste es que, en casos así, el rechazo es fruto de la envidia.

Ya lo dice el refrán español: “No hay dos sin tres”. Así lo hemos podido constatar en nuestro proyecto Pansup que, con la ayuda de Dios, muy pronto finalizaremos. Estando el caserío integrado por sesenta familias, Raúl eligió entre ellas a las diez más desprotegidas para ofrecerles -en nombre de Fratisa- un nuevo hogar. Todas ellas se congratularon ante tan fausta e inesperada noticia. Y sin más, tras asentar las bases protocolarias, se iniciaron las obras. A pesar de las inclemencias climáticas, nada hubo que lamentar. Sin embargo, una vez más la armonía se vio truncada por un nuevo brote de envidia instalado en el corazón de algunos desaprensivos lugareños. Estos, en un alarde de insensatez, la expresaron de forma virulenta, tal como acto seguido trataré de referir.

Un incidente, digno de ser consignado

Era un sábado por la tarde. Nuestro representante, Raúl, tras dejar su furgoneta a la entrada de una finca bajo la atenta mirada de su guarda, subió hacia Pansup zigzagueando por senderos y veredas. Estando ya arriba, en casa de un señor enfermo, recibió una llamada urgente del guarda de la finca informándole de que algunos desalmados estaban sacudiendo, golpeando y maltratando su vehículo. Presa del desconcierto, Raúl descendió casi a trote, no sin antes compartir el problema con los beneficiarios. Estos, indignados e iracundos, se ofrecieron a acompañarlo. Al llegar, vieron con un júbilo no exento de enojo que la furgoneta seguía en pie, si bien tenía quebrado su cristal trasero. Poco costó identificar a los delincuentes, dado que el guarda les había fotografiado tras perpetrar su fechoría. Eran dos comunitarios que, alentados por su embriaguez, habían arremetido con saña contra el indefenso vehículo.

Por fortuna la dupla de “bolos” (= borrachos) había ascendido por otra vereda, pues de toparse con Raúl y su horda



Los desperfectos de nuestra benemérita furgoneta



Esta foto permitió identificar a los dos delincuentes

mal se hubiera evitado una trepidante reyerta. Mientras tanto, en el poblado (experto en chismorreos) había comenzado a circular la noticia de que posiblemente habían matado a Raúl. Por fortuna, era un bulo.

¿Qué hacer? Ante todo, recobrar la calma. Tal fue lo que él hizo. Una vez sosegado, reunió a los beneficiarios para expresarles su intención de suspender el proyecto. Motivos no le faltaban, pues los dueños de la finca, ante tan inesperado problema, decidieron prohibir el paso por miedo a posibles altercados. Era una situación engorrosa. Raúl no lo ignoraba, pero quería jugar sus bazas, sobre todo para evitar que en el futuro se recrudecieran los conflictos. Recabó el apoyo de todos los beneficiarios, recalcándoles que no estaba dispuesto a seguir

ayudándolos a costa de su integridad física. Más aún: si no se tomaban las medidas pertinentes, se corría el riesgo de que Fratisa suspendiera su apoyo a los enfermos de todo el municipio. Tan drástica dialéctica les impactó. De hecho, a partir de aquel momento, siempre que sube a Pansup, lo hace acompañado de una guardia pretoriana.

Sin pérdida de tiempo se personó ante la policía para denunciar el hecho. Y lo propio hizo en el juzgado de paz. Aun siendo atendido con diligencia, se le hizo saber que, tratándose de un delito, la denuncia debía cursarse ante el juzgado penal de primera instancia, que se encuentra en la ciudad de Cobán. Tal tramitación requería obviamente la presencia de un abogado. No por ello se arredró Raúl, dispuesto ante todo a que los responsables corrieran con los gastos que ocasionaría la reparación del vehículo. Tras un diálogo con el letrado, se vio más sensato buscar un arreglo por la vía pacífica, a través de la Oficina de Mediación. Y así se hizo. En el ínterin, los aldeanos -cada vez más soliviantados- no cesaban de suplicar a Raúl que perdonara a los culpables, sobreseyendo el caso. De haberlo hecho, hubieran quedado abiertas las puertas para que en el futuro se reiteraran, o incluso se agudizaran, las tropelías.

Pasados varios días, fueron convocadas ambas partes ante las autoridades. En el careo directo, el demandante exigía una compensación económica para cubrir daños y perjuicios. De no ser así, solicitaría pena carcelaria para los dos infractores. En realidad, no era tal su intención, pero deseaba hacerles sentir la presión psicológica como resorte disuasorio. Los dos delincuentes, ante la imposibilidad de costear la reparación del vehículo, se ofrecieron a saldar su deuda trabajando gratuitamente en la obra hasta finalizarla. Tal idea, aun sin ser mala, no fue aceptada por Raúl, temiendo que su presencia pudiera generar conflictos. Tras un largo trasiego de opciones, se convino que, durante dos años, se comprometerían a realizar trabajos sociales, ofreciendo sus servicios a las personas enfermas o necesitadas de su propia comunidad. Fue sin duda una solución salomónica, que nuestro representante aceptó de buen grado, tras exigir que el expediente no se engavetara, pues -en caso de reincidencia- deberían recalar en la cárcel.

Resuelto el problema con los infractores, restaba por afrontar la reparación del vehículo. Y, en este punto, tanto Raúl como Vinicio vieron claro que lo más sensato sería asumir nosotros los gastos. Así pues, estos fueron costeados



Feliz con los mimos de Fratisa

por Asumta, zanjándose el contencioso. Mas el incidente sirvió para fijar posturas de cara al futuro. Se vio, en efecto, claro que solo con firmeza se frenan los embates de una estupidez azuzada por la envidia. Como moraleja, Raúl sacó la conclusión de que jamás subiría en sábado a Pansup, por ser el día en el que cobran los trabajadores. Y nunca suelen faltar entre ellos quienes invierten de inmediato su paga en alcohol, recetándose las más delirantes melopeas. Cierto que, al ascender a Pansup, lo corea un grupo de guardaespaldas. Mas, aun así, la prudencia invita a extremar cautelas.

¡Siempre hay que seguir aprendiendo!

Construcción de la octava vivienda: familia Can Xol

Como ya va siendo habitual, al finalizar agosto Raúl se reunió con todos los beneficiarios para elegir, por votación general, a quiénes se iba a asignar la octava vivienda. Se decidió por unanimidad que fuera agraciada con ella la familia Can Xol. Esta consta tan solo de tres miembros:

1. Everildo Aroldo Can Che, el padre (26 años)
2. Saida Yolanda Xol Cuc, la madre (23 años)
3. Jeimy Yanira, la hija (5 años)

El cabeza de familia vive de trabajos agrícolas. A veces le contratan por semanas en el pueblo vecino de Tactic, percibiendo un salario con el que apenas logra sostener a su poco numerosa familia. Saida está muy condicionada por las capacidades especiales de su hijita, la cual lleva ya tiempo recibiendo las atenciones de Fratisa. Al principio, se pensó que, con el soporte de la leche pediátrica, superaría sin más su desnutrición. Pero no fue así. Su problema estaba en el intestino, cuya inflamación le impedía digerir los alimentos, por lo que estaba cada vez más escuálida. Al examinarla el doctor, la medicó de inmediato, aliviando -al menos en parte- sus numerosos problemas. Aun así, sigue bastante mermada la pequeña Jeimy, cuyo desarrollo mental corre parejo con el somático. Sin embargo, los cuidados que le estamos brindando invitan a confiar que se recuperará casi por entero. Las secuelas de su situación inciden también en su madre, que sufre frecuentes quebrantos de salud. Ambas han sido internadas más de una vez en un centro de nutrición. Pero, al ofrecer este sus cuidados únicamente a la niña, su mamá -afrontando de forma estoica su desatención- ha acusado con frecuencia en esas situaciones los estragos del hambre, que le han configurado una complejión algo enfermiza.



La pequeña Jeimy necesita atenciones



Aquí vive la familia Can Xol

La familia está viviendo en un chamizo de maderas y hojalata en tan mal estado, que – aun estando cobijados- les hace sentir casi a la intemperie. Dada la humedad a causa de la altura (2.350 metros), Saida con frecuencia está aquejada de catarros y resfriados que la obligan a buscar el calor de la fogata. Aunque parezca exagerado, se puede afirmar que esta familia -no es la única- convive con la miseria. Quien se mantiene vital y dinámico es el bueno de Everildo, al que le sobran ganas de laborar, por más que con frecuencia le falte el trabajo. Es de admirar su entereza, pues – a pesar de los condicionantes- jamás le abandona la sonrisa.

Aunque sabían desde un principio que Fratisa les iba a construir una vivienda, fue para ellos muy emotivo el

momento en el que Luis (el maestro albañil) puso en marcha a su cuadrilla, colocando la primera piedra de los cimientos. Se encargó al propio tiempo el material, cuyo traslado resultó más penoso de lo normal debido a los aguaceros que casi a diario forman enormes riadas. Tanto que resulta imposible trabajar al aire libre. Ello ha retardado las construcciones de este mes, motivo por el que las casitas (son dos las que estamos levantando) solo podrán ser entregadas en octubre. Ellos lo asumen con resignación, e incluso con alegría, pues saben que Fratisa, aunque siempre cumple, no puede controlar los fenómenos meteorológicos. De todos modos, la obra sigue su ritmo y esperamos que muy pronto esta buena familia, cuya niña sufre serios quebrantos, tendrá el júbilo de estrenar hogar.

Ayuda humanitaria – Septiembre, 2022

Raúl Leal

Aunque todos los meses se reitera la misma rutina, en cada ocasión hay algo digno de realizarse. Este pasado mes me causó algo de inquietud, y no poca risa, la zozobra que cundió entre quienes suelen ser agraciados con su despensa mensual. Y todo se debió al hecho de que, siendo agosto el mes que suelen dedicar los españoles a vacacionar, se pensó que podría demorarse algo el envío puntual de los fondos. En realidad, no fue así, pero se pensó. Por tal razón, decidí que el reparto de víveres no se realizaría el primer sábado del mes, tal como acostumbro a hacer, sino que se dejaría para el segundo. Me tomé casi a broma la inquietud de algunas comadres, temerosas de quedarse sin su ayuda. Sufrí casi un acoso de llamadas telefónicas, en las que me expresaban su perplejidad.



Reparto de despensas en las “fiestas patrias”



Josefa de Comonhoj jamás falta a su cita

Ya dice que refrán que “no hay mal que por bien no venga”. Así ocurrió de hecho en esta ocasión. Dado que el 15 de septiembre se celebra en nuestro país la fiesta de su independencia, hasta en los municipios más pobres se respiran aires de fiesta. Y así quiso hacerlo también Fratisa, engalanando el recinto de Asumta donde iban a hacerse los repartos. El día convenido (17 de septiembre), cuando los beneficiados se personaron en las instalaciones, no pudieron ocultar su asombro y regocijo al ver que se los recibía con el boato y engalanamiento que requieren las “fiestas patrias”.

Dio la coincidencia que esa ocasión yo no pude realizar los preparativos. Me lo impidió el traslado de unos sacos de cemento que -con todo apremio- me vi precisado a efectuar hasta un caserío vecino, una de cuyas casitas más desvencijadas había quedado casi soterrada a causa de los deslaves provocados por las lluvias. Sus dueños me pidieron ayuda con suma urgencia y consideré obligado brindársela. La alegría

de la familia al recibir mi diligente apoyo compensó mi desasosiego. Por otra parte, estaba bastante tranquilo, pues me consta que mi buen amigo Giovani jamás suele fallarme. De hecho, él se personó en los locales de Asumta, preparándolo todo para que -llegado el momento- pudiera procederse al reparto.

Tuve que excusarme de forma jocosa por nuestro retraso, suscitando con ello la hilaridad de los circunstantes, mientras miraban sus despensas acumuladas ya en un rincón del recinto. Siguiendo los usos protocolarios, una vez reunidos, todos elevamos nuestra oración a Dios, pidiéndole que bendiga a los miembros de Fratisa, por no olvidarse jamás de los pobres de Tamahú. Nuestra plegaria fue acompañada por una breve alocución mía, en la que les inculqué una vez más cuánto apremia limar discrepancias intercomunitarias. Y tampoco me olvidé de recalcarles que la limpieza debe ser su distintivo, ya que a veces no se la toman muy en serio. No es infrecuente entre ellos que las enfermedades se deban no solo a la desnutrición sino también a la incuria. Tengo claro que, inculcándoles cada vez las mismas ideas, estas acabarán calando en sus mentes.

Las familias convocadas en el mes de septiembre fueron las siguientes:

- Familias de Comonhoj
- Familias de Pansup
- Familias de Naxombal
- Familias de Jolomché
- Familias de Chipoclaj
- Familias de Onquilhá
- Familias de Yuxilhá
- Familias de Naxchuguá
- Familias del barrio “El Cementerio”

Como de costumbre, resultó una jornada placentera. Obviamente, los gozos nunca suelen ser plenos. De hecho, me entristeció verme obligado a despedir de vacío a algunas señoras que, aun sin haber sido convocadas, acudieron con la vana esperanza de recibir una cesta de comida, en el caso de que alguna de las convocadas faltara a su cita. Pero no suele ocurrir tal. Todas se dejan ver. Y ello mal puede evitar la decepción de quienes regresan tristes y mohínas. Aunque su desencanto me desgare el alma, me sé incapaz de complacerlos a todos. El resignado penar de quienes retornan a sus casas sin su hatillo de víveres no empaña la alegría de cuantos -tras estampar su firma y presentar su credencial- son agraciados con su canasta.

¡Complacer siempre complace!



Regresando a casa con el hato a la espalda

Pastoral de enfermos – Septiembre, 2022

Raúl Leal

Casi podría afirmarse que nuestra labor con los enfermos mantiene su ritmo normal. Obviamente, nunca faltan ligeras anomalías que no suelen cogerme desprevenido. De hecho, las terapias en Fundabiem se han realizado sin contratiempos. Y ello a pesar de las tormentas que -algo habitual en estos meses- no cesan de agobiarnos. Lo que a veces me desazona es ver cómo los análisis y los medicamentos recetados por los doctores no pueden comprarse por desbordar nuestro presupuesto. Y, en otras ocasiones, me duele la pasividad de los papás ante los problemas de sus niños. Tal ha sido el caso de Fernando Antonio (8 años). Tras recibir sus terapias, se determinó transportarlo a un nosocomio de la capital para someterlo a unas pruebas más concienzudas. Lo llevé en una ocasión, no sin antes obtener el permiso de sus progenitores. Estos, en cambio, me lo denegaron cuando debía

llevarlo de nuevo para otra evaluación. Ignoro cuáles pudieron ser sus motivos. Pero me zahiré constatar cuán obtusos son a veces algunos aldeanos que, por desidia o prejuicios, rehúsan aplicar los oportunos remedios a sus hijos enfermos.

Son bastantes las efemérides que podrían consignarse este mes. Pero, fiel a mi lema, me limitaré a referir las que considero más relevantes

Las desventuras de Ana Juliana

Pansup parece siempre pronto a darnos algún sobresalto. Me lo llevé (¡fuerte!) a causa de lo ocurrido con una infortunada muchachita, cuyos 15 años recién cumplidos fueron para ella portadores de desdicha. Sin que nadie sepa cómo (en los caseríos cosas así de ordinario se ignoran), lo cierto es que Ana Juliana, dejándose fascinar por los arrumacos y las falacias de un desalmado con atuendo de policía, cuando quiso reaccionar, le había robado su inocencia, convirtiéndola sin más en mujer. Desconcertada ante su inoportuno embarazo, se lo compartió a sus papás. Y estos se pusieron incondicionalmente de su parte, decidiendo convertir su enojo en denuncia. ¡Cómo permanecer impávidos ante tal alevosía! Así me lo refería Juliana (su madre), cuya rabia quedaba ahogada por sus sollozos. Aunque yo por dentro apenas podía contener mi cólera, traté de calmar a quien me confidenciaba su desdicha.

Les hice ver a ambos progenitores que nuestro sistema burocrático es poco proclive a condenar a un culpable, si este goza de una posición social más holgada. Por eso ellos, aun cuando les sobrara razón, a la postre acabarían saliendo perdedores. Me dolía tener que expresarme así, pues mi deseo era ver al responsable en la cárcel. Pero siempre he pensado que la ira es muy mala consejera. En realidad, mi afán por disuadirles de enredarse en un juicio chocaba con mi rebeldía interior a aceptar una sociedad donde los pobres parecen privados de todo derecho. Sin embargo, me contuve y los contuve. Más que ensañarnos con lo ya ocurrido, apremiaba afrontar lo que, en unos meses, ciertamente acabaría ocurriendo. Y así fue. Pero, además ¡de qué manera!

Era una tarde de septiembre. Estaba a punto de anochecer. De repente, me entró una llamada de la casa de Ana Juliana. Era su madre. Con la voz entrecortada, me notificó que su hija había roto aguas, estaba con los dolores de parto y la comadrona no garantizaba el éxito del alumbramiento. Dejé lo que estaba haciendo para encaminarme con el vehículo hasta donde termina el camino. Se me había garantizado que ellos se encargarían de bajar a Ana a través de algún sendero. Llegué al punto convenido y, por más que aguzara al oído, solo escuchaba el silencio. Me preocupé. Fue al cabo de un buen rato que atisbé en la oscuridad la mortecina luz de una linterna, acompañada de voces humanas. Minutos después, acabaría apareciendo la comitiva. La mamá, al ver que “kawua” (don) Raúl les estaba esperando, se echó a llorar de puro alivio. La parturienta venía postrada en unas improvisadas parihuelas que cuatro muchachos portaban con celeridad. Colocada en nuestra furgoneta, me encaminé raudo hacia el centro de salud más cercano (Tactic). Ana se retorció de dolor y nosotros le infundíamos palabras de aliento. Antes de llegar a Tactic, de repente dejó de gritar, sumiéndose en el silencio, mientras la comadrona nos notificaba que el bebé acababa nacer, pero muerto.



Siempre será un crimen robar la inocencia

No había tiempo para lamentos. Llegamos al centro de salud, yendo en busca de una camilla que por ninguna parte encontré. Al toparme con una enfermera, me espetó que ella no estaba de guardia. En mi desespero, al fin logré que alguien nos atendiera. Ana Juliana desapareció de nuestra vista, mientras todos conteníamos el aliento. Pasado un



El concurrido sepelio de Luisa Mo

buen rato, salió un médico para garantizarnos que la muchacha seguía viva y estable. Nos hincamos para dar gracias a Dios. En tan crítica situación, experimenté a la vez alivio y dolor. Este por la muerte del bebé, aquél por la vida de su madre. Se me hizo saber que precisaban un pequeño ataúd para el recién fallecido. Fui a comprarlo con la mayor diligencia. Al fin respiré hondo, pues la tragedia había dado paso al solaz.

Dicen que las desgracias nunca llegan solas. Quizá sea cierto. Al menos así lo sentí cuando -poco después- se me llamó de un hospital cercano para solicitarme la compra de otro féretro, ya que acababa de fallecer un bebé, hijo de una menor (Rosa Carminia Beb – 17 años), a la que Fratisa venía atendiendo. Y, como tampoco suelen haber dos sin tres, antes de que me hubiera repuesto, se me notificó que Luisa Mo (74 años), a quien Fratisa había ayudado bastante, acababa de expirar en su hogar. Se solicitaba mi

cooperación para prepararle el nicho. Con todo gusto se la brindé con arena, cemento, hierro y tablas. Una vez finalizado su sepelio, casi toda la familia se acercó a mi casa para agradecerme el gesto.

La importancia del padrinzago

Desde que trabajo con enfermos, han sido varios los papás que me han pedido fungir de padrino en el bautizo de algún hijo suyo. Por inercia, siempre he tendido a negarme. Y no porque me incomode apadrinar a un bebé indígena, sino por mi situación personal. Al llevar ya años separado de mi esposa, consideraba que tal honor debería reservarse para parejas bien avenidas. Pues bien, no lo veían igual los padres de la nenita Ashly Lizbeth Mishel Bin Xol, que a toda costa deseaban hacerme compadre. Conmovido por su insistencia, supedité mi aceptación al veredicto del párroco. Si él daba su anuencia, con todo gusto la apadrinaría. Sin pérdida de tiempo, fueron a hablar con el P. Denis. Y este, no sin asombro por mi parte, no les puso la menor dificultad. He aquí, pues, que “kawua” Raúl iba a lucir sus mejores galas para protagonizar (no era, por supuesto, la primera vez) un evento de singular relevancia.

Llegado el domingo señalado, me dio mucho gusto verme en la iglesia parroquial rodeado por toda la comunidad católica de la aldea, muchos de los cuales me sonreían y casi todos me brindaban un saludo muy cordial. Fue para mí una ceremonia que me permitió revivir otras situaciones del pasado y saberme aún capaz de arropar con mi tutela a una tierna criatura, a la que sin duda faltarán muchas cosas, pero no el sincero cariño de su padrino.

Parece incluso que nuestra mutua empatía se fraguó ya al recibir el sacramento. De hecho, la pequeña Ashly parecía sonriente cuantas veces fijaba mi mirada en ella. Y al derramar el sacerdote el agua sobre su cabecita mantuvo por completo su compostura. Fue para mí un momento muy entrañable, pues me permitió revivir muy gratos recuerdos del pasado. No para solazarme en ellos, sino para agradecer a Dios que también en el presente me brindara la oportunidad de adentrar en mi vida a esos dos jóvenes compadres, cuyo interés por mi persona acabó robándome el alma.



Ashly, embelesada ante su feliz padrino

Finalizada la eucaristía, me acerqué al P. Denis para agradecerle su gentileza. Su sonrisa fue, para mí, la mejor respuesta. Salí reconfortado del templo y con ansias de ofrecer mi apoyo a esa criatura de Dios, cuyo derecho a ser feliz nadie osaría poner en duda. En lo que a mi incumbe, trataré de que sea así.

¿Simple coincidencia o protección divina?

Siendo las 00.15 horas, sonó implacable mi despertador. Así lo había programado para encaminarme en plena noche hacia la capital. Ciertamente que la víspera toda la comarca había sido castigada con una tormenta casi dantesca. Pero, consciente de mi cita en un hospital capitalino, me desperecé con diligencia y me encaminé hacia mi oficina donde ya me estaba esperando César Amílcar. En cambio, el niño, Fernando Antonio, no se personó porque -fue la excusa que me dieron- se encontraba algo indispuerto. A César debía revisarlo un especialista, ya que -tras ser operado de



No siempre resulta fácil sortear lodazales

la úlcera en su glúteo- aún no notaba una total mejoría. A la una en punto, salíamos de Tamahú. Lo había decidido así porque el tráfico en la ciudad cada vez es más denso. Calculando las casi cinco horas de camino, quería llegar cuando despuntara el alba. Aunque lo tenía bien programado, no había contemplado el contratiempo con el que nos íbamos a encontrar. Al adentrarme en la carretera principal, me percaté de inmediato que por ella circulaban casi exclusivamente vehículos de transportación colectiva. Eso me dio mala espina. Y no sin razón.

En nuestra región son muy frecuentes los deslaves, sobre todo en esta época de lluvias, por lo que poco sorprende hallar bloqueado el camino. Aun intuyendo que algo así podía ocurrirnos, tras encomendarme a Dios (me fío más de Él que de san Cristóbal), le eché ganas y me lancé a la

aventura. Como era presumible, en cierto punto el camino estaba cortado. Sorteé el primer vado sin grandes apuros. Y algo similar me ocurrió con el segundo. Mas el tercero no era ya apto para cardiacos. Vi que varios vehículos estaban varados, pasando a pie sus viajeros para esperarlo en la parte opuesta. ¿Qué hacer? Al estar César paralizado, no podía hacer mía esa estrategia. Sabiendo que nuestro microbús es bastante alto, decidí sin más abandonarme a la divina providencia y me lancé a vadear el lodazal. Al dejarlo atrás, mal pude evitar dar gracias a Dios por cuidar así de quienes se ponen por entero en sus manos.

Tras hacer mis diligencias en la capital, regresamos a Tamahú, topándonos con bastante más de lo mismo. Pero así y con todo, antes de las 18.00 horas estábamos de nuevo en casa. Vinicio, que me había llamado cuando estaba en el hospital capitalino, no salía de su asombro, pues la radio había notificado que no había paso hacia la capital. Una vez más he podido constatar cómo Dios vela por quienes lo convierten en el timón de sus vidas.

Aunque septiembre haya sido un mes muy ajetreado, he de poner fin a mi informe. Así lo haré, no sin antes consignar que la niña Belinda, aquejada de hidrocefalia, está recibiendo una esmerada atención. Con el apoyo económico de una benefactora de Fratisa (así me lo ha notificado la misionera Fátima), se le ha podido comprar un cochecito



Belinda, estrenando su cochecito terapéutico

para que trate de soportar con él sus extremidades inferiores que de momento están desvitalizadas. Según los expertos, la niña -si se ejercita como procede- acabará recobrando su movilidad. Y no es impensable que también puedan ampliarse bastante sus expectativas de vida.

Y, por último, un detalle que raya en lo anecdótico. En un momento no esperado, Marta y Marcelino, la nueva familia de Pancoj, se acercaron a la oficina de Fratisa para solicitarme que colaborara en la adquisición de un molinito de maíz. Y es que la esposa, casi a diario, para realizar su molienda, tiene que recorrer como una hora de camino. Ellos, por otra parte, son muy pobres por lo que no pueden costearse tan indispensable enser. Pues bien, Fratisa con todo gusto les proporcionó un molino manual. No es gran cosa, pero, grano a grano, se va haciendo el granero.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA, SEPTIEMBRE - 2022

| <i>DESCRIPCION</i> | <i>CANTIDAD</i> |
|--|-----------------|
| Pacientes trasladados a neurología | 01 |
| Medicinas entregadas a pacientes de neurología | 18 |
| Medicinas entregadas a pacientes diabéticos | 01 |
| Examen de encefalograma donado por Hospital Regional | 01 |
| Pacientes trasladados a oftalmología | 02 |
| Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología | 01 |
| Pacientes trasladados a Fundabiem | 12 |
| Asistencias durante el mes en Fundabiem | 15 |
| Pacientes trasladados a diferentes hospitales | 04 |
| Otros traslados (clínicas privadas) | 02 |
| Pacientes trasladados a Dra. pediatra | 02 |
| Leche pediátrica entregada (botes) | 01 |
| Pacientes que recibieron medicinas con receta | 11 |
| Extracción de piezas dentales | 23 |
| Medicina entregada por extracción de piezas dentales | 21 |
| Pacientes a quienes se realizó examen de laboratorio | 01 |
| Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos | 02 |
| Visitas a familias y enfermos | 07 |
| Entrega de granos básicos y otros | 01 |
| Traslado de cadáveres | 02 |
| Ayuda en velorios (panes y otros) | 01 |

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Si quieres disfrutar de un lugar tranquilo, hermoso, donde sentir que estás en la más absoluta paz, sin duda lo puedes hacer escapando de Madrid y yendo a visitar la ermita de Nuestra Señora de los Desamparados, en Cuenca. Es posible que muchos de nosotros no conozcamos bien la provincia de Cuenca, sus roquedales, un paisaje desconocido que sin duda atrae a todo aquel que lo disfruta. Decir que España tiene muchos lugares maravillosos a los que ir y donde sentirse satisfecho no es nada novedoso, y perderse en busca de lo añejo y bello no es cualquier cosa; pero pocos hemos intentado escaparnos por tierra conquense. Para nosotros mismos, el grupo que se siente profundamente feliz zascandileando por cualquier tierra ya sea española o extranjera, pues

también por ahí existen a porrillo lugares en los que gozar de la naturaleza y de la belleza que a veces ha aportado el hombre.



Como se deduce de lo dicho, en esta ocasión hemos tomado la ruta de Cuenca, en concreto de Buendía, cerca de cuya población se encuentra al aire libre el Museo de las Caras, en el que podemos disfrutar de las caras talladas en las rocas. Pero no era este nuestro camino, pues lo que pretendíamos era bordear el río Guadiela por el camino bien acondicionado hasta la ermita de Nuestra Señora de los Desamparados, edificación de piedra «pegada a la montaña», lugar conocido como «El Sitio», ya que fue allí donde se apareció la Virgen en el siglo XVI.

No pudimos entrar en la ermita, por lo que tampoco podemos hablar nada más que de su exterior de piedra y de la belleza y paz de la zona. Que era precisamente lo que buscábamos, pues pretendíamos encontrarnos con un lugar de meditación en el que reflexionar sobre el comportamiento de los hombres, sobre las envidias y los rencores, los odios y las ambiciones, el egoísmo y la mezquindad que surgen desmesuradamente cuando, quizá, debían dar gracias al Señor porque otros hombres entregan su trabajo y parte de sus bienes en favor de ellos o de la colectividad en la que viven. En el sosiego del lugar también nos llegó a nosotros la paz interior, contemplando el paisaje que nos había dado el Dios Creador. Por eso desde allí dirigimos nuestras oraciones hacia todos los lugares de la estrella de los vientos con la intención de que lleguen de alguna forma a todos los mortales para que los bañe de amor hacia los demás y los dote de generosidad con sus hermanos como el Cristo Redentor la expandió sobre todos nosotros desde la Cruz.

Si desea leer otras Hojas Informativas de Fratisa, puede consultar nuestra web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró todo su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo y, si fuera posible, potenciarlo.

Toda ayuda es muy de agradecer.

¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Teléfono fijo _____
Móvil _____ Correo-e _____
Dirección _____ nº _____ Piso _____
Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Cuota: Mensual – Trimestral - Semestral - Anual.

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de “Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538